

de la Granja. Ella no pensaba responder al poema del Caballero Peruano, pero sucumbió al hechizo, pues este “diablo de Romance / tiene, en su oculto artificio, / en cada copla una fuerza / y en cada verso un hechizo”.

Así, pues, una biografía espiritual de sor Juana no puede prescindir de la monja, pero tampoco soslayar a la poetisa, aunque a veces, la misma sor Juana —quizás asustada ante la fuerza de su pasión— la oculte tras el disfraz de la obligación.

MARTHA LILIA TENORIO  
El Colegio de México

MANUEL MARÍA PÉREZ LÓPEZ, y EMILIO MARTÍNEZ MATA (eds.), *Revisión de Torres Villarreal*. Universidad, Salamanca, 1998; 216 pp. (*Acta Salmanticensia: Estudios Filológicos*, 270).

El último cuarto del siglo xx fue a menudo tildado de época de egolatría, se multiplicaron los cursos y los simposios dedicados a la autobiografía y hubo un nuevo interés en la primera autobiografía española reconocible como tal, la de Torres Villarreal. Una recopilación de ensayos hecha en Salamanca ofrece nuevos enfoques sobre la obra del célebre catedrático de aquella Universidad, además, lleva a cabo una actualización por parte de los que más se han dedicado a él, perfilándolo como representante de su época e iniciador no despreciable de géneros literarios: el almanaque-ensayo y la autobiografía, o, según su expresión, la “novela certificada”.

En una verdadera revisión general, M. M. Pérez López disculpa a Torres de los achaques del pasado, de ser pícaro, ignorante, retrógrado e impostor, y propone tres ideas: tenía una mentalidad de científico, fue innovador en su voluntad de estilo y, en vez de ser un hijo más de la Contrarreforma, fue más bien un disidente progresista. Vivió entre 1685 y 1725, los años de la célebre Crisis de la conciencia europea —que alcanzó por otra parte la Nueva España—, crisis que Pérez López ve en gran medida como de la epistemología.

Se vio obligado Torres a “vender” sus innovaciones, incluyéndolas en sus almanaques, de modo que no azorara a las autoridades de la Universidad y a la Iglesia. Pero además de prudente fue un visionario en cuanto a descubrimientos; no estaría nadie más avanzado que él en la divulgación de las ciencias en España (p. 20). Aunque Torres en 1727 heredaba el geocentrismo y la neumatología del todavía respetado Atanasio Kircher, hacia 1737 ideas más modernas le preocupaban. Defiende, por ejemplo, a Feijoo, prescindiendo del escepticismo de éste en lo de las señales en los cielos —piénsese en los

almanaques (p. 22, n. 21). Pérez López, sin embargo, no ve en Torres un precursor de la Ilustración; pues siempre lo considera en un contexto de autodefensa: del manteista entre escolares de Salamanca y del individuo contra sus turbulencias interiores, las que lo habrán de empujar hacia el cultivo del yo, hacia la literatura (p. 24). Señala Pérez López en los almanaques “una minuciosa imitación realista de lo observado” (p. 25), y un género literario dieciochesco todavía no apreciado como se debe. Son vehículos de conjeturas científicas, y no monumentos del oscurantismo como se suelen leer. Lo que es más, respetan las creencias del vulgo cuando cabe hacerlo. Ya existía un antiguo tópico: “Más hemos aprendido a vivir de los animales que de los hombres; más de los rústicos que de los doctos” en las palabras de Saavedra Fajardo (“Al lector”, *Corona gótica* [1646]).

Pasa Pérez López revista también a lo onírico en Torres. Las fuentes de *Visiones y visitas* (1727-1728) serían, como para sor Juana también, no el Quevedo del título, sino Kircher, y obras de costumbristas e introspectivos anteriores. El autor ve los *Sueños* de Quevedo poblados de abstracciones, mientras que la obra de Torres, y en especial la que cita como cumbre de esta literatura onírica, *Los desahuciados del mundo y de la gloria* (1737), de seres palpables.

En la *Vida* observa la confluencia de los varios yos de Torres (p. 31), algo que quiere distinguir del fenómeno del personaje en primera persona de la anterior picaresca. Se trata de un gran relato de obstáculos vencidos frente al desdén de los contemporáneos que detentaban el poder, de ahí cierto “jacobinismo” latente en su censurada *Vida natural y católica* (p. 34), posible causa de su exilio. La autobiografía, pues, sería un documento del optimismo, aunque no del doctor Pangloss. Persigue Pérez López un paralelo con Goya: Torres demuestra una disidencia imaginativa, controlada por su humorismo; el pintor, una racional, supeditada a su pesimismo.

P. Ilie intenta asegurar para Torres su prestigio de precursor de las Luces mediante un examen de lo onírico en varios textos, en gran parte de *Visiones y visitas*. Desea conjugar cierta epistemología con cierta estética, o sea establecer que para Torres la ciencia cognitiva no era sencillamente racionalista, sino que se apoyaba en un goyesco “Sueño de la razón”. Ilie analiza lo que los sueños “revelan”, y medita ese problema visto en escorzo en la obra: cómo hace el cerebro abstracción de lo que en aquellos momentos “percibe”. Se aventura Ilie a ver aquí un discurso-clave de la Ilustración durante el resto del siglo (p. 52), impregnado de un irracionalismo —espíritus, mentes, almas— típicamente español. Se puede uno preocupar por los anacronismos de Ilie, en su tendencia a citar a los *encyclopédistes* y publicistas franceses de casi fin de siglo, y por la omisión de contemporáneos como, por ejemplo, G. B. Vico. Hay sin embargo una nota de gran interés (p. 44, n. 17) sobre antecesores teóricos españoles en el estudio

de la cognición, y en la elaboración de las dos corrientes, el fluidismo —favorecido por Torres— y el vibracionismo. (Hay un error de tipografía, p. 42: *enfermedad* debe leerse *eternidad*).

La decisión de dejar a los torresistas poner al día sus ideas ya expresadas ha resultado en algunas contribuciones un tanto someras. La de I. L. McClelland, por ejemplo, sólo propone los siguientes puntos: que Torres es el único profesor salmantino de su siglo que no está en el olvido; que sabía él escoger entre los autores de Siglo de Oro a los duraderos y que ni conocía ni se interesaba en las cosas de ultramar.

J. L. Peset estudia el verdadero valor de los pronósticos de Torres. ¿Cómo podía ser un hacedor de almanaques, al mismo tiempo, un innovador en el pensamiento científico? Primero, porque le ofrecían un “formato” que no despertaría sospecha a la Inquisición, luego, porque le aseguraban fama e independencia económica, máxime después del inolvidable pronóstico acerca de la muerte del rey Luis I. Cuidadoso Torres insiste en su aborrecimiento de las fuerzas diabólicas y no disfraza el lado ridículo de su trabajo (p. 73). Solía comparar su talento con el de efectuar la “diagnosis” de “enfermedades” entre los cuerpos celestes. Todo, según Peset, dependía de su voluntad de estilo. Después de haber perfeccionado los textos, Peset constata que no se habla tanto de la astrología como de las ciencias del día. Así y todo, los almanaques se metamorfosearon en publicaciones serias del Real Observatorio (p. 77). Y hasta los catedráticos en Salamanca buscaban en ellos, con nociones de ciencia, para ponerse al tanto.

Se ocupa P. Álvarez de Miranda del inaudito episodio de los duendes en casa de la Condesa de los Arcos, una vivienda que se situaba, según el mapa (p. 88), inmediatamente detrás de la Telefónica del Madrid de hoy. Aparece en la *Vida* (1738), pero lo había hecho ya en el *Anti-Theatro Crítico* de Maner (1731), de quien Torres habría sido informante. Como se sabe, no solía Feijoo tomar en serio lo de los duendes —a no ser para hablar metafóricamente de francmasones— por eso importaba la cuestión para Maner. Álvarez ve el episodio como central en la *Vida* y en la carrera de Torres. Se muestra escéptico acerca de la posibilidad de que “este duende, o fantasma, o nada” hubiese roto tanta loza y hecho moverse por la pared el gran lienzo con los Siete Infantes de Lara, aunque él, Gerardo Lobo, y otros dizque lo hubiesen presenciado. La actitud de Torres, como la de otro personaje en un antro lejos del madrileño, es “Paciencia y barajar”. Álvarez prefiere ver este pasaje como una ocasión para el autor de mostrarse al tanto de la posición, más bien indiferente en cuanto a lo sobrenatural, corriente en 1738 (pp. 84-85). Maner había dado otra fecha, y había ubicado de otra manera la casa de la Condesa. Es un episodio, pues, “que vive en sus variantes” (p. 89). Y señala Álvarez que hacia 1802 la gente habría de leer por todas partes que era cosa sabida que Feijoo había acabado con todos los duendes.

Examina de cerca E. Martínez Mata el contenido de los almanaques del Gran Piscator, su valor para el ascenso social de éste y la indignación que causaron entre los doctos. Pues el famoso pronóstico en torno a Luis, el del reinado relámpago, resulta ser un texto ambiguo (p. 96); otros, sobre la caída de la administración de Ensenada (1754) y el del Motín de Esquilache (1765), no anunciaron lo estrictamente inesperado. En cambio, los célebres versos que en 1756 profetizaron la Revolución Francesa son seguramente falsificaciones *ex post facto*.

Los restantes ensayos estudian la *Vida*. R. S. Sebold sitúa el texto no en la picaresca rezagada sino en la novelística moderna. Imagina una nueva época que llama a la existencia de un nuevo individualismo, una nueva introspección. Como antecedentes menores cita, además de cierta picaresca, la memoria espiritual y la autobiografía de soldado. Pero a no estar tan aferrado a la ficción en primera persona pudiera haber incluido también novelas “de humores” como, digamos, *La flema de Pedro Hernández* de Marcos García (1655). Torres llegó a hacer alarde de sus “humores” cuando sano y cuando enfermo. Sebold ve en la *Vida* gran novedad por haberse representado allí al “héroe como modelo universal, no ya de virtudes, sino de sandeces y otros defectos” (p. 116). Luego da saltos para adelante y para allende el mar, citando a B. Franklin (lo cual es un anacronismo y éste un autor cuya autobiografía no tiene mucho en común con la “novela certificada”, pp. 113-114). Omita toda explicación de la introspección como fenómeno del puritanismo o del jansenismo en otros países, y la consideración del caso de G. B. Vico, delineador éste también del destino de un hombre de genio, pobre, en una universidad “borbónica” poco propicia a la innovación. Lo que quiere señalar Sebold son antecedentes, y a pesar del rechazo del modelo de Gregorio Guadana y de Enríquez Gómez por parte de Torres, no hay acaso tantas discrepancias como con otros narradores pícaros: los trámites de Guadana con la ley ofrecen cierto paralelo con los de Torres con médicos (p. 118).

Al paso que progresa la *Vida*, se puede decir que Torres va dejando atrás pieles de culebra, o que pasa por avatares, cada uno de ellos un personaje de novela en ciernes. Sebold hace una comparación atractiva entre Torres, observado y observador, y el Quijote de la Segunda parte: Torres en Salamanca y don Quijote en Barcelona son objeto de la aclamación de una muchedumbre que ya conoce sus “primeras partes” (p. 123). Pero entre estas páginas que comentan las técnicas de Torres —la digresión, la inmersión en el *hic et nunc*— no se llega a mencionar, ni siquiera como objeto de comparación, la novelita de Torres, *Historia de historias*, novela “proletaria” si se quiere —dado que Sebold favorece todavía el epíteto “burgués”.

Son tres en fin las novedades de la *Vida* —sostiene Sebold—, su autor hace hincapié en lo socioeconómico, descubre una nueva verosimilitud e introduce a sabiendas la trivialidad característica de la

autobiografía posterior. Hace bien Sebold en señalar 1737 como fecha del dictamen de Mayans en cuanto a la extensión ideal de la novela moderna (p. 140).

Dos pequeños apuntes: uno, *fidalgo* (p. 119) no sería arcaísmo sino galleguismo; el viaje de Torres lo ha llevado a Galicia, y dos, en la cita “en los conventos de monjas, y en otros lugares donde sólo se trataba de oír músicas, disponer danzas” (*id.*), la falta de puntuación después de *lugares* en el original le da gran ambigüedad. Pero ¿no sería posible que esto lo supieran autor y editorial ambos? Era la época de Pierre Bayle, y el *erratum* “escandaloso” puede ser del orden de las célebres “indecencias”, según uno las lee, en el índice de materias del *Dictionnaire* del francés.

La contribución de E. Suárez-Galbán Guerra es en gran parte un panorama de cierta literatura del Siglo de Oro desde un punto de vista “progresista” ya bastante fuera de moda. Por debajo hay una comparación de los dos textos salmantinos, la *Vida de Lazarillo de Tormes* y la *Vida*. Responde Suárez-Galbán a los críticos de su noción de “burguesía” (pp. 145-147, nn. 3 y 5), y propone que ésta conserve su validez, como también “imperialismo”, “antisemitismo”, “anticlericalismo” y “la base económica”, todos relevantes más hacia medio siglo, por lo menos. Así, cuando se desvía hacia el *Guzmán de Alfarache* se aprecia cierta superficialidad en cuanto a su significación de “atalaya de la vida humana” (p. 148); seguramente es más que una invitación de Alemán a leer el “realismo social” de su obra. Asimismo, Suárez-Galbán plantea analogías que a veces dan para pensar: habla de dos casos de literatura “de pedida” (p. 152), los dos preocupan al Santo Oficio y en ambos los protagonistas son “burócratas”. No se entiende la razón del gran número de citas de poetas románticos ingleses ¿será por la conocida egolatría de éstos?, y además hay errores de tipografía que dan dos veces el nombre del estudioso de autobiografías Randolph Pope como “Alexander Pope” (pp. 153 y 154).

Si tiene el libro una contribución a la vez informativa y estilísticamente amena es la de A. G. Loureiro, que desarrolla la idea de Torres de que su *Vida* tiene materia para veinte oraciones fúnebres. Luego divide Loureiro el texto en tres momentos: presentan *Trozos I* y *II* “sucesos viciosos”, atestiguando el impacto de la Ley Moral; los *Trozos III* y *IV* revelan tanto “tristes casualidades” como asomos de éxito en la vida y algunas virtudes, obedeciendo todo a la Ley Divina; y los *Trozos V* y *VI*, fruición de ciertos éxitos y virtudes, actuando según una Ley Social. Loureiro transforma los tres momentos en tres “vidas”, la primera, que acaba con un escarmiento, la segunda, con la intervención de la misericordia de Dios, y la tercera, con los vítores del vulgo, y, para adoptar otro tripartidismo, el del *Criticón*, “los honores y horrores de la vejez” —porque permanecen rumores y rencores de otros tiempos.

Esboza Loureiro la historia del género de la oración fúnebre desde la Antigüedad clásica, para luego verlo como armazón de la *Vida* (p. 181), encomio no tan diferente al pronunciado por el P. Faylde en el entierro del autor. Es de notar, apunta Loureiro (p. 185), la curiosa coincidencia del día en que Torres se doctora y el del Carnaval en Salamanca; he aquí sus dos públicos: las eminencias escolares y del estado, y el mero pueblo. La *Vida*, en fin, no es la autobiografía ni de un luminario de la Universidad, ni de un supeditado a lo eclesiástico ni de un científico tal como los había en 1738 (p. 198, n. 30). Sería la de un escéptico de la casta de Miguel Sánchez, el del *Quod nihil scitur* (p. 186).

L. Fernández Cifuentes pretende estudiar la *Vida* a la luz de especulaciones recientes debidas al ingenio de Michel Foucault y Susan Sontag, para enfocarse en la enfermedad como elemento estructurador del texto, concretamente del *Trozo V*. Así, Cifuentes sitúa a Torres en su momento, apoyándose, sin embargo, en paradoja tras paradoja acerca de la salud y la enfermedad. Viene a la mente el consejo de Gracián, “No dar en paradoxo por huir de vulgar” (*Oráculo*, núm. 143). El gran interés de parte de Torres parece ser cómo una enfermedad cualquiera estropea o desatina la memoria de un escritor (p. 159); lo que sería equivalente de la anterior melancolía. Hay una nota interesante sobre los pronósticos de Torres vistos a esta luz (p. 163, n. 8).

Las enfermedades, a veces misteriosas, de *Trozo V* suplen la tensión de la cual se vale el autor para matizar su autorretrato; hay, pues, una “biografía patológica dentro de una autobiografía” (p. 166). ¿Era tan innovador aquí Torres? Ocurre que un examen de los textos, todos más o menos desaliñados, producidos por la polémica en pro y en contra de Feijoo podría haber desenterrado al de Lucas Montoya y Rada, *La figura incorpórea* de 1732 —en donde puede ser que Torres sea el enemigo espectral— que insinúa las taras físicas y mentales del autor Montoya. (Llego tarde, para la consideración de Cifuentes, al libro de Rebecca Haidt, *Embodying enlightenment*, New York, 1998, sobre todo este asunto.) Cita el autor algunas autobiografías —E. Gibbon, J. S. Mill, J. M. Blanco White— que insisten en la enfermedad, pero un poco al azar. Quizá lo que Cifuentes busca se lea mejor en la obra de ese filósofo “especializado en la enfermedad” Maine de Biran, quien había de preguntar en 1794: “¿No es que todos nuestros sentimientos, afectos y hasta principios morales obedecerían a determinados estados físicos de nuestros órganos?”.

Concibe G. Mercadier la *Vida* como “una galería de autorretratos”. Por cierto fue el Gran Piscator el primer escritor de almanaques que había incluido su retrato en uno de ellos. Tenemos en el lienzo de Antonio González, pintor de la Real Familia, el retrato (*ca.* 1750) que todos conocemos. Luego hay los autorretratos en palabras. Se introduce Torres desde 1726 como “narigón y pelo propio” (p. 195),

pero es en *Visiones y visitas* (1728) que el impulso autorretratista se vuelve más urgente, y más “churrigueresco”, y prepara el alarde de pinturas en palabras del *Trozo III* (ca. 1740). Detrás de la fisonomía, explica Mercadier, se esconde una mentalidad, un discurso que se puede “leer”, con sus *solecismos*, como los denomina el mismo Torres (p. 200, con el diagrama de Mercadier). Otra vez es posible preguntar si esta clase de autorretrato era algo original en el autor. Hay tan sólo una aproximación en G. Cardano (siglo XVI), pero como modelo inmediato cabe citar de nuevo al Montoya de “la figura incorpórea” (1732), que no se avergüenza en repetir lo que dice el público de él: “que vivo poco propenso al humano aseo, que son los movimientos estranos —con que fastidio la óptica”, en efecto, un autorretrato. Por fin, Mercadier, igual que Cifuentes, ve, en el *Trozo V*, el autorretrato de una enfermedad.

ALAN SOONS

Massachusetts Center for Renaissance Studies,  
Amherst

HERVÉ LE CORRE, *Poesía hispanoamericana posmodernista. (Historia, teoría, prácticas)*. Gredos, Madrid, 2001; 423 pp. (BRH, 424).

En la poesía hispanoamericana, el modernismo se instituyó como un fenómeno cultural múltiple y complejo que sumó no sólo prácticas narrativas y principalmente poéticas de signo renovador, sino también concepciones del mundo y de la vida, actitudes personales, y un conjunto de símbolos que hablaban de una renovación del lenguaje y la literatura en las dos últimas décadas del siglo XIX y los primeros diez años del XX, sin que existieran límites cronológicos determinantes. El modernismo significó también una serie de rupturas, principalmente con el canon establecido por el romanticismo, y una práctica que emergió desde el corazón de la tradición literaria hispanoamericana.

Destacan en la representación de ese fenómeno sus precursores, cultores y epígonos. La lista es importante: Martí, Darío, Lugones, a la que se suman muchos otros. Pero hay también otra vertiente que se quedó como suspendida entre dos momentos estelares, marcada también por la difuminación de prácticas literarias que se establecieron entre el ocaso del modernismo, al final de la primera década del siglo XX, y una etapa de irrupciones no muy definidas en su inicio, ocasionada por los movimientos de vanguardia. Éstos abrieron grietas en los terrenos del lenguaje y se establecieron como transición, como crisis de la práctica literaria y reconfiguración de muchos de los símbolos heredados del primero.